

DE LA CUADRÍCULA AL ALEPH: PERFIL HISTÓRICO Y SOCIAL DE CARACAS

Francisco Ferrándiz Martín

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Nos enfrentamos a una multitud indefinida de espacios, cada uno apilado, o quizás contenido, en el siguiente: espacios geográficos, económicos, demográficos, sociológicos, ecológicos, políticos, comerciales, nacionales, continentales, globales. Por no mencionar el espacio natural (físico), el espacio de los flujos (energéticos), y otros.

Henri Lefebvre, *The Production of Space*

El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente lo veía desde todos los puntos del universo.

Jorge Luis Borges, *El Aleph*

Espacios desfigurados

Como muchas ciudades contemporáneas, Caracas es un conglomerado urbano en constante proceso de desfiguración. Los mapas apenas la contienen, los planes urbanísticos sólo penetran su tejido de forma epidérmica, las políticas municipales se enredan sin rumbo en sus laberintos, las estructuras económicas formales se difuminan en múltiples estrategias de supervivencia desreguladas, las percepciones de los ciudadanos dibujan mundos fragmentados, de rango desigual, en ocasiones totalmente ininteligibles. No es extraño, pues, que muchos autores estén buscando nuevos lenguajes y metáforas para representar esta complejidad e indeterminación. El geógrafo Edward Soja, en su recorrido por los espacios e imaginarios de Los Ángeles, recurrió acertadamente al *Aleph* de Borges, ese ámbito literario donde todos los espacios posibles se presentan de modo simultáneo (1994: 222-248). García Canclini también recurre a esta metáfora para caracterizar a la ciudad de México, que considera un ámbito espacial dislocado donde domina la perplejidad (1995: 99-100). Para estos autores, las configuraciones contemporáneas de lo urbano son tan fragmentarias y múltiples que resisten cualquier tipo de descripción totalizadora y desbordan cualquier discurso cerrado. Los Ángeles se ha convertido, según el texto de Soja, en “una gigantesca aglomeración de parques temáticos” de muy diversa

autoría (1994: 246). García Canclini, por su lado, se refiere alternativamente a México D.F. como un "instante gigantesco", una suerte de "megaciudad polifónica", un "videoclip" territorial" o bien un "montaje efervescente de imágenes discontinuas" (1995: 99-103).

La complejidad de las yuxtaposiciones urbanas contemporáneas es fruto del entrelazamiento histórico, siempre desigual, de proyectos políticos, conflictos militares, transformaciones económicas, pugnas territoriales, así como la suma de la multitud de acciones u omisiones de índole táctica que practican los ciudadanos, y que Michel De Certeau caracterizó como "microbióticas" (1988: 96). La producción histórica del espacio es así el resultado de múltiples agentes y factores. Para autores como Harvey, el principal factor activo en la configuración y reconfiguración global de espacios dentro de la modernidad ha sido la prodigiosa capacidad del sistema capitalista para reinventarse una y otra vez mediante crisis cíclicas (1992: 99-112)¹. Watts acepta el planteamiento general de Harvey pero insiste en que, para entender toda la complejidad de la producción del espacio, no es suficiente con indagar sobre los sucesos que tienen lugar a nivel macroeconómico. Es también fundamental explorar el modo en el que estas poderosas fuerzas político-económicas globales (que no son homogéneas sino múltiples) son experimentadas y transformadas a nivel local (1992:13-16). En este contexto, el geógrafo francés Henri Lefebvre (1994) ha diseñado un marco teórico para estudiar las modulaciones entre lo global y lo local en relación a lo que Merrifield denomina los "procesos generativos de la espacialidad" (1994: 518). En el esquema analítico de Lefebvre, las "representaciones del espacio" (un concepto vinculado a las relaciones de producción y al "orden" que originan) se refieren al espacio abstracto y dominante, de los "científicos, planificadores, urbanistas, subdivisores tecnocráticos y los ingenieros sociales". Por su lado, los "espacios representacionales" son los espacios experimentados, el "lado clandestino de la vida social". Finalmente, Lefebvre entiende por "prácticas sociales" a la percepción, el desciframiento de un espacio específico por sus habitantes (1994: 33; 38-39). Es decir, según esta lógica, hay que pensar la ciudad como una entidad que se modula entre el diseño, la práctica y la percepción.

En el presente artículo se analiza la obra histórica de distintos agentes generadores de espacios en la configuración contemporánea de Caracas. La actual capital venezolana, que comenzó siendo un asentamiento colonial temprano de planta ortogonal bien definida, ha sufrido múltiples transformaciones que han dado lugar, finalmente, una estructura de tipo laberíntico. En líneas generales, Caracas se ha convertido en una red inescrutable para el planificador o urbanista oficial y, simultáneamente, en un espacio sin fronteras para los especula-

¹ Para Harvey, el capitalismo es "un sistema social que internaliza reglas tales que aseguran que se mantendrá siempre como una fuerza revolucionaria y desestabilizadora dentro de su propia historia mundial" (1992: 107).

dores privados urbanos y —aunque de un modo menos autónomo— para los invasores de tierras empobrecidos. Aunque todos estos agentes nacieron en el momento mismo de la fundación ciudad, su evolución ha sido radicalmente distinta, especialmente tras el impacto del boom petrolero, responsable de un ritmo de modernidad acelerado. En ausencia de políticas “rationales” y coherentes de desarrollo urbano a medio o largo plazo, la fragmentación, la yuxtaposición y la multiplicidad han sido, al igual que en Los Ángeles o la ciudad de México, la tónica y el resultado más lógico del proceso histórico de conformación (o deformación) de la ciudad.

Espacios coloniales

La ciudad colonial de Santiago de León de Caracas fue fundada por el capitán español Diego de Losada en 1567 en un estrecho valle no muy alejado de la costa caribeña central venezolana. El valle de Caracas se considera un lugar privilegiado dentro de la geografía venezolana, circunstancia que ha influido claramente en su preponderancia histórica sobre otros núcleos urbanos. El valle, aunque estrecho, está protegido estratégicamente por una cadena montañosa y tuvo desde el principio un enorme potencial agrícola, un clima benigno, y una salida natural hacia el mar (La Guaira).

Caracas no fue sin embargo el primer asentamiento colonial en la zona, sino una refundación de una *villa* más antigua² construida en 1561 en la actual Catia (una populosa *parroquia* situada en el noroeste de la ciudad) por el famoso *mestizo* Francisco Fajardo, sobrino del *cacique* indígena Naguayatá. El asentamiento inicial de Fajardo tuvo una vida corta debido a la presión bélica de la población indígena local (Fundación Polar 1988: 563-564). Desde el principio, fue esta un área de *encomiendas*³ donde se instalaron *pueblos de indios tributarios* en la órbita de Caracas, para organizar la evangelización y el dominio colonial sobre las poblaciones indígenas locales.

De acuerdo con el historiador Hermano Nectario María, el urbanista de Losada, Diego de Henares, planificó un asentamiento de calles y parcelas de tierra ortogonales articulado en torno a una plaza central donde se encontraban la iglesia y la picota, principal símbolo de la administración de justicia colonial (1966:103). Una década después, en 1577, el gobernador Juan de Pimentel declaró a la ciudad como capital de la Provincia de Venezuela y, de este modo,

² Que a su vez fue construida sobre un *hato* de un año de antigüedad. Ver Manuel Beroes en Fundación Polar 1988: 563-564.

³ Las *encomiendas* son una institución medieval que la Corona española utilizó durante las primeras fases de su dominio colonial en América para organizar el excedente de la economía agrícola y manufacturera, basada en el control y la explotación de la población indígena. En este marco, ciertas áreas geográficas y su población correspondiente eran asignadas a un *encomendero*. Muchas veces, las *encomiendas* coincidían espacialmente con *doctrinas*, instituciones religiosas muy semejantes a las misiones, que operaban mediante la concentración de la población en núcleos denominados *pueblos de indios* (Izard 1987: 45-58).

sede principal de la organización de la empresa colonizadora en la región (Carrera Damas 1967; Troconis de Veracochea 1992:39-79). La ciudad ortogonal original de veinticuatro bloques, tal y como aparece en el famoso mapa de Pimentel de 1578, cubría tan sólo una pequeña porción del valle, limitando al norte con el Monte Ávila, al sur con el río Guaire, al este con los ríos Catuche y Anaucó, y al oeste con el río Caruata. Este núcleo urbano embrionario, plasmación y símbolo de la utopía organizadora de la colonización española, estuvo bajo constante presión de los grupos indígenas locales caribes que poblaban el valle y las regiones adyacentes, sobre todo los Toromaimas, Mariches, Tarmas y Teques⁴.

Desde el punto de vista urbanístico, Caracas permaneció relativamente estable durante el siglo XVII, contenida en su núcleo original, y con una población máxima de 6.000 habitantes en la década de 1690. El historiador Acosta Saignes ha detectado, ya en este siglo, ciertas pautas incipientes de ocupación territorial que más adelante jugarían un papel muy relevante en la constitución de la Caracas pospetrolera. Según este autor, ciertos grupos de indígenas, españoles de extracción pobre y *pardos* comenzaron a instalarse en la periferia de Caracas, principalmente en torno a las quebradas de los ríos Catuche y Caruata en el oeste de la ciudad (1967:745).

A medida que Caracas creció en tamaño y complejidad, fue absorbiendo un mayor número de competencias religiosas, administrativas, militares y políticas. De este modo se inaugura una pauta centralizadora que, exceptuando un breve interludio durante la presidencia del general Gómez (1908-1935), cuando la capitalidad del estado se trasladó a la ciudad de Maracay, iba a hacer de Caracas el referente indispensable de la región. Castro Guillen menciona los siguientes hitos en el desarrollo de Caracas como centro de poder colonial: el Obispado se trasladó desde Coro a Caracas en 1673; el primer Regimiento Militar se instaló en Caracas en 1708; la Administración del Ejército y la Hacienda Real se establecieron en 1777; el Consulado Real comenzó a funcionar en 1793, y el Arzobispado en 1803 (1993: 117; Fundación Polar 1988: 562-567).

Al mismo tiempo que Caracas se constituía como centro de poder en esta remota provincia colonial, se convirtió en el principal mercado de distribución y consumo de la región, en asociación con el puerto internacional de La Guaira, su principal apertura al Caribe, a la metrópolis y al mundo (Castro Guillen 1993: 19). En concreto, el incremento en la producción y comercialización del cacao produjo cambios importantes en la ciudad y su entorno durante el siglo XVIII. Las *haciendas* comenzaron a adueñarse del valle desplazando explotaciones agrícolas menos sistemáticas. Con estos alicientes administrativos y económicos, se calcula que Caracas ya alcanzaba los 40.000 habitantes hacia 1800.

⁴ Existe el consenso, entre algunos historiadores, de que la presión de los caribes bajó de intensidad con la temprana muerte del legendario cacique Guaicaipuro en 1568, a quien se le atribuye la organización inicial de la resistencia (Guevara Díaz 1983:17-20; Hno. Nectario María 1987; Troconis de Veracochea 1992:50ss).

De la independencia al petróleo

Las Guerras de la Independencia (1808-1823), unidas al terremoto de 1812 (al que se atribuyen más de 10.000 víctimas) tuvieron como consecuencia una considerable destrucción del tejido urbano y un importante retroceso demográfico. En 1815, la población de Caracas se había reducido a 11.700 habitantes (Guevara Díaz 1983: 30-44). La ciudad sólo recuperó el nivel de población de 1800 en la década de 1860.

Durante toda esta época, y hasta 1920, Venezuela participaba de modo marginal en el mercado mundial como exportadora de café y otros productos agrícolas. Además, el desarrollo del sector agrícola estaba siempre amenazado por la precariedad del sistema interno de comunicaciones, así como por la debilidad del mercado interior. Antes de la llegada del petróleo, Venezuela era básicamente una economía agrícola de monoexportación poco desarrollada, muy dependiente de las fluctuaciones de los mercados local y externo (Torrealba 1983: 111-113). La caída del precio internacional del café en 1889, unida al incremento de la producción y exportación de este producto en Java, Colombia y Brasil, produjo una profunda crisis económica en el principal sector productivo Venezolano, una crisis que aumentaría posteriormente con la sustitución del café por una nueva monoexportación: el petróleo (Izard 1986: 179-204; Torrealba 1983: 114-115).

En este contexto macroeconómico, la primera remodelación de Caracas a gran escala se produjo durante el gobierno del general Antonio Guzmán Blanco (1870-1888), conocido como el "autócrata civilizador"⁵. En el marco de un ambicioso proyecto político de corte centralista, Guzmán Blanco promovió la transformación de los viejos barrios de la ciudad, que aún era un núcleo semirural cuando la comparamos con otros centros coloniales contemporáneos, de acuerdo con un gusto neogótico francés importado de París. Bajo su impulso constructivo, la ciudad se expandió absorbiendo antiguas áreas periurbanas ocupadas por *haciendas* (Troconis de Veracochea 1992: 182-192). Las contribuciones más relevantes de Guzmán Blanco a la topografía urbana caraqueña son: el Capitolio Federal, el Panteón Nacional, el Teatro Municipal, las iglesias de Santa Ana y Santa Teresa, la remodelación de El Calvario, el Hospital Vargas, el Cementerio General del Sur, la Academia Venezolana de la Lengua, la línea de ferrocarril Caracas-La Guaira, etcétera. Siguiendo con su pauta *afrancesada*, Guzmán Blanco planeó una réplica de Versalles en el pueblo de Antímano, actualmente absorbido por Caracas en su expansión hacia el oeste. En tan sólo dos décadas, la población de Caracas se incrementó notablemente, desde 49.000 habitantes en 1873 hasta 72.000 habitantes en 1891 (Troconis de

⁵ En este periodo de tiempo, Guzmán Blanco fue presidente en tres ocasiones: en 1870-1877 (septenio), 1879-1884 (quinquenio), y 1886-1888 (bienio).

Veracoechea 1992: 182-192; Castro Guillen 1993: 20-21; Fundación Polar 1988, vol I: 563; Blanco Muñoz 1980: 111-115).

Tras el terremoto de 1900, en la época del general Cipriano Castro (1899-1908), la clase alta caraqueña decidió abandonar el centro histórico de la ciudad. Este desplazamiento de la élite se produjo hacia el oeste, y tuvo como consecuencia el desarrollo urbanístico de la antigua *hacienda* de El Paraíso. Inmediatamente después, Caracas perdió el papel preponderante que había tenido en la región desde su fundación. El dictador Juan Vicente Gómez (1908-1935), que gobernó Venezuela durante la transición crucial entre la economía agrícola de exportación y la economía petrolera, trasladó la capitalidad a la ciudad provincial de Maracay, donde estableció su sede de gobierno y llevó a cabo sus principales proyectos urbanísticos. La iniciativa en Caracas queda en manos del sector privado, que desarrolla conjuntos tales como El Conde, Los Caobos, el Country Club y La Florida.

En la década de 1940, cuando el desarrollo y fortalecimiento de la economía petrolera deviene en un proceso de "capitalismo acelerado" (Watts 1992b: 22), la configuración espacial del país comenzó a cambiar de forma radical, al quedar expuesta a formas masivas de capital global. Aunque el primer impacto del petróleo llegó a Venezuela en los años 1920s, la crisis económica mundial y las guerras mundiales retrasaron el verdadero impacto hasta 1945 (Negrón 1991c: 77). En esta época Venezuela se inserta de forma sólida en el mercado mundial, ávido de petróleo y sus derivados, después de varios siglos de permanecer en la periferia en su condición de país netamente agrícola.

Desde 1926 hasta 1971, la población urbana aumentó desde el 15% al 78% del total de la población total, como consecuencia de migraciones masivas que vaciaron los ámbitos rurales (Negrón 1991a: 22). Torrealba describe dos olas migratorias fundamentales entre el campo y la ciudad, impulsadas por el desarrollo de la industria petrolera (1983: 109-140). Inicialmente, entre 1920 y 1950, la población rural emigró por un lado a las ciudades de la región central, que se habían consolidado históricamente como los principales mercados de exportación y eran las beneficiarias máximas de la inversión estatal de la renta petrolera (Caracas y, en menor medida, Valencia), y por otro a las nuevas *ciudades petroleras* como Cabimas, Ciudad Ojeda y El Tigre, ubicadas en la región del Lago de Maracaibo, y a algunos puntos de los estados orientales de Anzoátegui y Monagas (ibid.). Aún así, la capacidad de absorción demográfica de estos últimos centros petroleros era muy limitada lo que demuestra, según Negrón, el escaso papel del empleo directamente relacionado con la extracción del petróleo en la reconfiguración urbana de Venezuela (1991a: 30). De este modo, es posible afirmar que este primer ciclo migratorio no era tanto fruto de un pretendido magnetismo de las nuevas áreas de explotación petrolera como una consecuencia del colapso agrícola que se produjo en la década de 1930 y de la concentración de inversiones infraestructurales estatales en los principales núcleos de poder del país.

Para Torrealba, la segunda gran ola de emigración del campo a la ciudad tuvo lugar después de 1950. En este caso, estuvo claramente dirigida hacia las ciudades de la región central, impulsada por el proceso de industrialización sustitutiva subsidiada por el estado y por la potenciación del sector constructivo urbano (1983: 121-123). De acuerdo con Bonasewicz, ya en 1971 la región central (Distrito Federal, Miranda, Aragua y Carabobo, donde se ubican Caracas, Valencia y Maracay), que cubre tan sólo el 2.34% del territorio venezolano total, alojaba al 41.6% de la población global y concentraba el 75.5% del empleo industrial total (1985:13-20). Así, a medida que la economía venezolana se hizo más dependiente de la renta petrolera, el estado, cada vez más centralizado y con una gran solvencia fiscal, se convirtió en el principal agente en el desarrollo urbano de la nación. Esto se produjo, según Negrón, mediante políticas urbanas *explícitas* e *implícitas* (1991b: 77ss). Con *explícitas*, Negrón se refiere a intervenciones directas sobre el entramado urbano (como sería el Plan Rotival), y con *implícitas* a políticas externas a la dinámica interna de las ciudades destinadas, sobre todo tras el derrocamiento del general Pérez Jiménez en 1958, a poner fin a la emigración masiva hacia los centros urbanos (como fue la Reforma Agraria), o a descentralizar el cinturón industrial primario mediante la creación de nuevos polos de desarrollo que atrajeran a la población (como fue el V Plan de Desarrollo de la Nación formulado a mediados de la década de 1970).

En cualquier caso, aunque Caracas está alejada de los principales centros productores de petróleo de Venezuela, la agudización del centralismo del estado la reforzó como capital y la convirtió en el principal centro administrativo del país. Fruto de este centralismo administrativo, se encuentran hoy en día en Caracas los cuarteles generales de PEDVSA, la compañía petrolera estatal, y sus principales empresas subsidiarias, tales como Lagovén, Maravén, Corporvén, etcétera. En un circuito de retroalimentación, esta centralización atrajo, a su vez, los principales servicios bancarios y comerciales del país.

Caracas, dotada de una salida privilegiada al mar gracias a su cercanía con el puerto internacional de La Guaira, establecida como el principal mercado de importación y exportación del país y como capital administradora, y aglutinadora de una fuerza de trabajo en expansión, se consolidó también en esta época como el núcleo fundamental de desarrollo industrial (Castro Guillen 1993: 23). La ciudad ya había sido el principal foco venezolano de industrialización desde las últimas décadas del siglo XIX, pero no fue sino a partir de los años cincuenta cuando se disparó su papel, fundamentalmente a raíz del desarrollo de la industria de sustitución de importaciones. En 1970 Caracas, que ya tenía dos millones de habitantes, ofrecía el 37,3% del empleo industrial total del país (Acosta 1987: 185). En 1974, el 65,9% del total de las industrias venezolanas estaban localizadas en la capital, sobre todo en las zonas de Los Ruices, San Martín, La Yaguara, Artigas, Prado de María, El Cementerio, La Trinidad, Boleíta, Chacao, Catía y Petare (Guevara Díaz 1983: 184-187). De acuerdo con algunos autores, como Guevara Díaz, tanto la centralización desproporcionada como la dependencia de materias primas semielaboradas tuvieron un impacto muy negativo en

la economía venezolana al requerir una transferencia masiva de capital a empresas y países extranjeros y generar mucho menos empleo del previsto (ibid.). Ya en esta época se vislumbraba el potencial colapso de Caracas como núcleo urbano viable. En 1974 se produjo un intento por corregir esta rápida centralización de la infraestructura y empleo industrial. Este plan de descentralización, orientado a general polos de desarrollo alternativos y a desacelerar el ritmo de la migración rural hacia las principales ciudades venezolanas, se fundamentó en tres pilares: a) la prohibición de la instalación de nuevas industrias en las zonas más saturadas, sobre todo en el área metropolitana de Caracas; b) la salida de las grandes ciudades de las industrias más contaminantes; y c) la creación de incentivos fiscales para fomentar el desarrollo de núcleos industriales en áreas periféricas (ibid.: 187-191). Negrón ha señalado como, en este caso, el poder del petróleo como configurador de espacios a gran escala es tal que su presencia como estimulador máximo de la economía venezolana tuvo como consecuencia que no fuera la industrialización el motor del desarrollo urbano sino más bien al revés (1991a: 21; Acosta 1987: 185).

Por supuesto, el desarrollo de Caracas no ha sido, bajo ningún criterio posible, un proceso sistemáticamente programado, sino el producto de un conglomerado desigual de actuaciones puntuales, alardes de improvisación, e intervenciones informales. Tras el trazado ortogonal planificado de la Caracas colonial, la ciudad tuvo que esperar hasta bien entrada la década de 1930 para ver un plan global de diseño urbanístico. Un proyecto integral que, por cierto, nunca haría la transición desde “representación del espacio” –en concepto y plano– a implementación práctica sobre la ciudad vivida (Lefevre 1994: 33). El frustrado *Plan Rotival*, encargado por el presidente Eleazar López Contreras al urbanista francés Maurice Rotival fue, en palabras de Negrón, “una visión ambiciosa y generosa de una ciudad moderna que debería sobreimponerse sobre lo que no era en aquéllos días sino un pueblo extenso” (1991b: 146). Aunque el plan fue descartado por las autoridades tras su presentación en 1939, algunas de las remodelaciones posteriores de la infraestructura viaria de la ciudad se basaron en la planificación espacial original planteada por Rotival (Vallmitjana 1991: 14)⁶.

En las décadas que siguieron al único y frustrado proyecto de remodelación global de Caracas, la ciudad explotó en un magma de *laissez faire* gubernamental, políticas de intervención estatal y municipal a corto plazo, especulación urbana privada en las áreas centrales y periféricas⁷, e invasiones “ilegales” de terrenos vacantes de distinta índole, las cuales dieron lugar a la proliferación de *barrios* o “espacios autoconstruidos” de carácter popular. En el marco de esta pauta de no intervención estatal sobre la articulación urbanística de Caracas, la

⁶ En Vallmitjana *et al.* (1991) se presenta una interesante evaluación de esta “Caracas que no pudo ser”.

⁷ Monopolizada por unas pocas familias de élite. Ver Guevara Díaz 1983: 234 y Anexo 4).

única excepción relevante fue el monumental esfuerzo modernizador, en ningún caso un plan integral, promovido por el último dictador venezolano, el General Marcos Pérez Jiménez (1948-1958). Para Pérez Jiménez, el conglomerado de intervenciones urbanísticas proyectadas durante su gobierno no eran sino la visualización fehaciente de su ambicioso proyecto político, que denominó *Ideal Nacional*. Como fruto de su política modernizadora, de alcance nacional pero centrada en Caracas, se construyeron un buen número de hospitales y muchas de las avenidas y autopistas que todavía hoy soportan, más allá de su capacidad de absorción, el denso tráfico caraqueño, entre ellas la ruta fundamental que une a Caracas con el aeropuerto de Maiqueitía, el puerto de La Guaira y el llamado litoral central venezolano.

Sin duda, la metáfora más idónea del fracaso político y urbanístico del dictador Pérez Jiménez puede encontrarse en el paradójico devenir de una de sus principales intervenciones en el marco de su plan para controlar los *barrios*. El gobierno encargó al Banco Obrero un estudio cuya finalidad era explorar las posibilidades de crear espacios de vivienda popular de forma masiva para así detener la proliferación de la ciudad informal en los cerros de Caracas, cuyas laderas alojaban, según estimaciones de la época, más de 40.000 *ranchos* en 1950. Como resultado de esta utopía modernizadora, entre 1954 y 1958 se construyeron en la región metropolitana 97 *superbloques* policromos, basados en las *unités d'habitation* multifamiliares de Le Corbusier (López 1990: 30-48). De los 85 *superbloques* construidos en la propia Caracas, diseñados para alojar en torno a 145.000 habitantes, 65 de ellos se agruparon en la hoy conocida como *parroquia* del 23 de Enero —sin duda el experimento de ingeniería social más espectacular del gobierno perezjimenista. Los *superbloques* no consiguieron solucionar el problema para el que fueron diseñados y, una vez desbordados, se convirtieron en lo que podríamos denominar como *barrios verticales*, con enormes problemas de infraestructura y de integración social. De acuerdo con estimaciones del propio Banco Obrero, que construyó los bloques del 23 de Enero en 1955, en 1961 “ya había 105.000 personas viviendo en ellos. Toda una ciudad dentro de la ciudad, pero una ciudad carente de los servicios más básicos: autoridades públicas, colegios, áreas verdes, mercados, áreas de diversión, centros médicos, todos ellos claramente insuficientes para un conglomerado de estas características” (1961)⁸. Tras este informe autocrítico del Banco Obrero, se suspendió indefinidamente la construcción de más *superbloques* (López 1990: 48).

El desarrollo histórico y social de los *superbloques* del 23 de Enero muestra con toda nitidez la distancia que media entre lo que Lefebvre denominó “representaciones del espacio”, o espacio abstracto planificado, y las percepciones y usos de los habitantes de dichos espacios (1994: 38-39). La utopía arquitectónica pronto se convirtió en un intrincado laberinto urbano incontrolable para el

⁸ Sobre la construcción y problemática de los *superbloques*, véanse Troconis de Veracochea 1992: 239-251; Gosen et al. 1991; y Perna 1984: 133-172.

Estado. Los *superbloques* de la *parroquia* del 23 de Enero —originalmente llamada Dos de Diciembre—, fueron uno de los lugares desde donde se organizó la resistencia popular que contribuyó a la caída del gobierno de Pérez Jiménez en 1958. La caída del dictador provocó la invasión masiva y desorganizada de muchos de los apartamentos que estaban aún desocupados (Barreto 1990: 11). Desde entonces, estos *superbloques* han mantenido una mística urbana de combatividad que llega hasta la actualidad, ya sea como sedes de algunas de las guerrillas urbanas de la década de 1960, o como impulsores de la organización autónoma de los vecinos contra la delincuencia —la controvertida *cobra* y su violencia encapuchada. Entre los bloques, el denominado popularmente como “Siete Macho” es famoso en el imaginario caraqueño por alojar en sus paredes exteriores un gran número de impactos de bala fruto de los sucesivos enfrentamientos con el ejército y las fuerzas del orden. Sin duda, históricamente, la reutilización y resimbolización popular de estos espacios de diseño que ahora sabemos inviables, ha sido extraordinaria.

Lo ocurrido con los *superbloques* de Pérez Jiménez no es sino un ejemplo de la marea que arrolló cualquier intento de controlar con efectividad el desarrollo de Caracas. El crecimiento de la ciudad ha sido fundamentalmente anárquico y muy alejado de las infraestructuras urbanas y servicios públicos indispensables (Castro Guillen 1993: 23). Hacia fines de la década de 1960, todas las comunidades que se extendía a lo largo del Valle de Caracas, como El Valle, Baruta, Petare o Los Dos Caminos, algunos de los cuales fueron originariamente *haciendas* o *pueblos de indios* coloniales, quedaron integradas en un continuo urbano. La influencia de la capital se ha expandido desde entonces hacia las subregiones urbanas de los alrededores, especialmente durante la bonanza petrolera de la década de 1970, cuando cayó sobre Venezuela —la “Gran Venezuela” de Carlos Andrés Pérez— una intensa lluvia de petrodólares (Vallmitjana *et al.* 1991: 31). De acuerdo con Guevara Díaz, la población de Caracas creció un 210% entre 1950 y 1971. En los primeros años de la década de 1980, ya se concentraba en este núcleo urbano el 22% de la población total de Venezuela, el 27% de la población urbana total del país, el 64% de los ahorros, el 76% de la inversión bancaria, el 70% de los empleos en el sector terciario, y el 21% de empleo nacional total (1983: 238).

Espacios autoconstruidos

Uno de los efectos del proceso histórico de centralización espacial y económica en torno a la ciudad de Caracas ha sido el enorme crecimiento de las zonas autoproducidas, o *barrios*. Aunque se trata de un proceso que afecta a todas las ciudades venezolanas en mayor o menor medida, sin duda adquiere sus mayores dimensiones en la capital. El establecimiento de áreas de residencia ilegales en torno a Caracas es tan viejo como la ciudad misma y comenzó, aunque en una escala reducida, en los siglos XVI y XVII (Guevara Díaz 1983: 231). Pero su verdadera expansión se produjo en los últimos años de la década

de 1950 y en la década de 1960. Este impulso se intensificó tras el boom petrolero de los 1970 (Bolívar, coord., 1993: 18).

En la mayor parte de las ciudades venezolanas, la invasión y la urbanización pirata de terrenos tanto públicos como privados ha sido la principal solución para la carencia de vivienda entre las capas más empobrecidas de la población urbana (Gilbert 1981: 667). Para Gilbert y Healey,

aunque la ocupación inicial de la tierra pocas veces está mediada por un pago, los mecanismos del mercado no son ajenos a este proceso. Éstos operan determinando cuales son las tierras que pueden ser invadidas y, después, mediante transacciones de intercambio de derechos ilegales de ocupación. En la mayor parte de las ciudades, las invasiones ocupan las tierras de menor valor porque es sólo en esas áreas donde las autoridades permiten este acceso ilegal. Las tierras valiosas, ya sean públicas o privadas, son raramente invadidas porque su ocupación se resiste con fiereza (1985: 53).

Los partidos y facciones políticas, por su parte, no son ajenas a este proceso, no sólo mostrando permisividad sino también, en ocasiones, organizando directamente las invasiones, que se convierten así en un modo de reclutar —y mantener cautivo— apoyo electoral. Este tipo de impulsos oportunistas a las invasiones de tierras no son sino el resultado del fracaso de los sucesivos gobiernos para generar políticas sistemáticas y globales para enfrentar el problema (ibid.: 58). Tras la solución fallida de los *superbloques* diseñada por el gobierno de Pérez Jiménez, Rómulo Betancourt (1959-1964) decidió no intentar ninguna política que incluyera el desalojo de las tierras ocupadas. Posteriormente, el gobierno de Caldera (1969-1974) dirigió sus esfuerzos al apoyo de la autoconstrucción mediante la introducción de un nuevo programa para consolidar y mejorar los servicios de los barrios. Durante el primer mandato de Carlos Andrés Pérez (1974-1979), las intervenciones se dirigieron a la mejora de ciertos asentamientos al tiempo que se intentaban desalojar los barrios más inestables. El gobierno impulsó el decreto n° 332 en 1974, a través del cual se agruparon los barrios más estables en “unidades de asentamiento” de unas 20.000 personas, cada una de las cuales debería tener cubiertos sus servicios básicos. El impacto real de esta iniciativa fue muy limitado. Con la crisis económica, las iniciativas de gobiernos posteriores no tuvieron mucho más éxito (ibid.: 65-68).

Aunque uno de los principales asuntos sin resolver en los barrios populares de Caracas, el problema de la propiedad de la tierra, no ha detenido su crecimiento y consolidación, sí ha tenido como consecuencia la falta de integración plena de estos espacios autoproducidos en la topografía urbana “legítima” de las ciudades venezolanas⁹. Para la arquitecta venezolana Teolinda Bolívar, “los

⁹ Si bien los invasores no tienen derechos legales sobre la tierra, a menudo venden sus *bienhechurías* (mejoras), sobre todo los *ranchos* que contruyen en las parcelas ocupadas (Gilbert y Healey 1985: 54-56). Del mismo modo, el alquiler de ranchos se está convirtiendo en una de las características residenciales más relevantes de los barrios (Olinto Camacho y Tarham 1991; Bolívar, coord., 1993: 184ss).

barrios, aunque han legitimado su existencia, no han sido reconocidos jurídicamente como verdaderos y permanentes exponentes de lo construido urbano; en consecuencia, están a merced de ser demolidos en cualquier momento" (1993: 33). Los barrios son una realidad que no se puede obviar, aunque se trate de una realidad "ilegal". Una realidad que además soluciona un problema de vivienda de enormes dimensiones que la administración pública nunca será capaz de absorber. Sin embargo, la posición de las distintas administraciones que han gobernado el país y la metrópolis en las últimas décadas ha tenido como resultado la producción histórica de un status ambiguo para las periferias urbanas. Esta ambigüedad tiene como consecuencia que la mayor parte de las políticas de intervención urbana en relación con los barrios, tanto estatales como locales, puedan considerarse como parches coyunturales, más relacionados con necesidades políticas del momento que con algún tipo de plan integral a largo plazo para resolver sus innegables carencias (ibid.; Ontiveros y de Freitas 1993a: 72). Frente a estas políticas de corto alcance o la utopía de la desaparición definitiva de los barrios mediante su paulatina destrucción, presente en la mente de ciertos políticos y planificadores urbanos, Bolívar enfatiza la necesidad inmediata de su reconocimiento jurídico como paso previo a su consolidación definitiva. Entre otras razones de peso, la posesión de la tierra es fundamental para la obtención de créditos que permitan mejorar las viviendas autoconstruidas (1993: 36).

En la actualidad los servicios públicos de los barrios, aunque están presentes, son claramente insuficientes y poco fiables, y se difuminan a medida que las laderas se empinan. No es en absoluto difícil encontrar cloacas abiertas en sus calles y quebradas; los cortes de agua, si es que está canalizada, son más la norma que la excepción; apenas hay servicio de recogida de basuras; las escuelas tienen que organizar varios turnos para absorber la demanda; las vías de acceso, muy limitadas, están permanentemente colapsadas y regadas de baches; los precios son más altos que en otras zonas de la ciudad. La creciente densificación y la escasez de vivienda produce paisajes abigarrados donde el desequilibrio estructural de las construcciones es la pauta, donde los *ranchos* se instalan en equilibrio sobre otros ranchos hasta alcanzar ocho o diez pisos de altura, donde los escasos espacios de sociabilidad pierden terreno ante las nuevas construcciones, esquina a esquina, escalinata a escalinata, plataforma a plataforma. Las precarias y siempre peligrosas conexiones eléctricas piratas dibujan exuberantes telarañas en los alrededores de los postes de la luz. La delincuencia y otras modalidades de violencia estructural y cotidiana son una constante en sus calles y hogares. Durante la época de lluvias, las tormentas ablandan las laderas inestables produciendo deslizamientos y el derrumbamiento de las estructuras más precarias. El desastre de los barrios del litoral central venezolano en 1999, al que se unieron graves deslizamientos en algunos de los barrios de la capital, es una muestra terrible del enorme riesgo al que están sometidos los habitantes de estas zonas autoproducidas.

De acuerdo con datos proporcionados por Bolívar, mientras que los barrios caraqueños ocupan tan sólo el 17% de la superficie de la ciudad, alojan a más del 60% de sus habitantes. Estos datos hablan de un proceso de enorme *densificación* urbana de estas zonas (1993: 31-46). El desmesurado crecimiento de las últimas décadas ha llevado a los antropólogos Teresa Ontiveros y Julio de Freitas a reflexionar sobre la rápida transformación de los que denominan *barrios-pueblo* —caracterizados por horizontes urbanos limitados y la presencia de un sentimiento colectivo de pertenencia— en *barrios-ciudad*, mucho más complejos y diferenciados, donde las comunidades han desbordado ampliamente sus antiguos límites, han desarrollado servicios más sofisticados y son cada vez más capaces de funcionar como ciudades dentro de la gran ciudad (Ontiveros y de Freitas 1993b: 159-214). En este contexto, cada vez es más frecuente encontrar personas que o nunca han salido o salen sólo ocasionalmente de su barrio-ciudad. Es la Caracas de las múltiples Caracas.

Sin embargo, a pesar de los enormes problemas de los espacios populares autoproducidos, es importante no perder de vista su realidad como escenarios culturales emergentes—en ocasiones de gran vitalidad—, como lugares de origen de organizaciones no gubernamentales y grupos de solidaridad vecinal, como espacios de diversidad étnica e intensa sociabilidad, como sedes de redes imaginativas de informalidad económica, como nichos vibrantes de reconstrucción de la memoria y la identidad. Los constructores de espacios autoproducidos son, como señala Bolívar, agentes urbanos fundamentales que en la práctica, pasan a ser quienes pautan el desarrollo de la metrópolis (1993: 33). Para esta autora y los miembros de su equipo de investigación, la integración efectiva de las zonas autoproducidas en el entramado urbano tiene que pasar necesariamente por el reconocimiento pleno de la enorme herencia constructiva que atesoran. En su opinión, las opciones que consideran la demolición como el principal mecanismo de acción sobre los barrios no son realistas, en parte debido al enorme apego emocional que los habitantes desarrollan hacia los hogares que han construido con sus propias manos¹⁰. Además, no son pocas las ocasiones en las que la creatividad de los constructores informales ha dado con las soluciones arquitectónicas más adecuadas a determinadas situaciones. Este tipo de intervenciones deberían servir de modelo a cualquier programa de rehabilitación¹¹. Lefebvre, refiriéndose más en general a las periferias urbanas latinoamericanas, también encuentra aspectos positivos en estos procesos de autoconstrucción. En sus propias palabras, “más allá de su innegable pobreza, estos distritos ordenan en ocasiones su espacio —casas, paredes, lugares públicos— de tal forma que provocan una admiración nerviosa. Podemos encontrar en estos lugares una apropiación del espacio de primer orden. La planificación

¹⁰ Sobre este aspecto véase especialmente Ontiveros 1985: 16-28.

¹¹ Véase Bolívar, coord. 1993. Sobre la necesidad de integrar definitivamente los barrios en la metrópolis, véase también Biceño León 1986.

y arquitectura espontáneas (formas “salvajes”, según una terminología presuntamente elegante), se muestran claramente superiores a la organización del espacio de los especialistas” (1994: 373-374).

La Caracas múltiple, de espaldas a sí misma

A grandes rasgos, en un intento por poner cierto orden en lo que ya no es sino una suma de fragmentos y discontinuidades urbanas, los caraqueños hablan de tres territorios diferenciados en la ciudad: el *valle*, que pertenece residencialmente a la clase media y es donde se localizan los principales centros de poder político, comercial, industrial y financiero; las *colinas*, denominación que se refiere a los desarrollos urbanísticos de clase alta en las colinas que rodean la ciudad; y los *cerros*, que son los extensos asentamientos populares que se localizan en muchas de estas mismas colinas. Sánchez y Pedrazzini caracterizan la segregación entre la ciudad formal (*valle* y *colinas*) y la informal (*cerros*), con sus ramificaciones económicas, políticas, simbólicas, como una modalidad local de *apartheid* cuyas consecuencias son nefastas para la convivencia urbana (1993: 21). Aunque pueden verse desde casi cualquier punto de la topografía de la ciudad son, en ciertos sentidos, oficialmente *invisibles*. Algunas de las autopistas de entrada a Caracas están acompañadas por muros corridos que, entre otras funciones, contribuyen a eliminar la presencia incómoda de los barrios del campo de visibilidad de los conductores. Los mapas de Caracas apenas rasgan la superficie de lo complejos y densificados barrios, convirtiéndolos, en este caso, en espacios “vacíos” de representación en torno a la ciudad legal. Aunque sí es posible encontrar en estos mapas su denominación más genérica y sus principales rutas de acceso (sobre todo en aquellos barrios que fueron *parroquias* históricas), encontramos un silencio muy expresivo cuando se trata de barrios dentro de barrios dentro de barrios, vías de comunicación menos importantes, plazas u otras áreas que sólo tienen denominaciones populares locales¹².

Los barrios trepan masivamente por las laderas, ocupan espacios desahuciados, se pliegan increíblemente a las quebradas, se desbordan hacia algunas zonas del valle, se interpenetran con otras categorías sociales y residenciales, interceptan cada mirada en ese videoclip que es Caracas. Pero a pesar de ser elementos fundamentales del entramado urbano, económico, social y cultural de Caracas, soportan un aura tenaz de provisionalidad, de externalidad, de parasitismo, de no pertenencia. Desde el punto de vista de la ciudad legal, la invisibilidad parcial, que no es sino un ejercicio de ceguera voluntaria, se complementa

¹² Por ejemplo, en el “mapa metropolitano de Caracas”, que despliega la ciudad ante los ojos de los numerosos usuarios del metro, la mayor parte de las áreas de la ciudad más densamente pobladas están marcadas de modo eufemístico con el color amarillo, una convención que significa “zonas no publicadas”, a las que únicamente se alude con algunas carreteras esquemáticas que no llevan a ningún sitio.

con una violencia discursiva que los reduce a enormes masas homogéneas de ladrillo, de naturaleza cancerosa y sin diferenciación interna. Manchas anaranjadas difusas atravesadas por ríos de basura y excrementos. Los barrios auto-producidos son percibidos, a pesar de su enorme diversidad, su intensidad cotidiana y sus matices, como espacios idénticos de transgresión y estigma. Sus habitantes limpian casas, sirven en los restaurantes, cuidan niños y jardines, arreglan automóviles, venden todo tipo de productos en las tiendas y mercados, trabajan en las oficinas, enseñan en las escuelas, conducen los autobuses, engrasan los mecanismos de la poderosa economía informal, y aun así son percibidos como una masa indiferenciada de invasores, parásitos, extranjeros, amenazadores para el tejido social de la ciudad legal (Coronil y Skurski 1991: 315-332; de Freitas 1995)¹³. En el contexto de esta visión hegemónica, los barrios no son sino zonas amorfas de peligro, geografías y culturas del caos, lugares inquietantes de desorden. En resumen, *zonas rojas* que incuban y escupen criminalidad, de forma indiscriminada, sobre el valle, las colinas y sus habitantes¹⁴. Es ésta una percepción que comparten —al menos parcialmente— un buen número de los habitantes de los barrios, si bien cuando se refieren a *otros* barrios y no al propio de residencia que, afortunadamente, todavía es “relativamente sano”¹⁵. Pocos de ellos encuentran un reflejo automático de esta visión radicalmente estigmatizante en los espacios urbanos que conocen y habitan. Sin duda, hasta que esta visión dominante no se transforme de forma radical y deje paso a versiones más matizadas de lo que significa vivir en los barrios, con todas sus ramificaciones, la integración plena y creativa de las zonas autoproducidas en el tejido urbano de Caracas seguirá en el plano de la utopía.

Actualmente, Caracas es un entramado laberíntico, un conglomerado múltiple de lugares que se alimentan, se esquivan, se necesitan, se resienten, se desconocen, se temen, se abandonan mutuamente. Caracas es una metrópolis

¹³ Estas representaciones de los barrios de Caracas son las dominantes, que no las únicas, en la ciudad formal. Circulan en todos los niveles, desde la charla informal a la política, y permean, más o menos explícitamente, los medios de comunicación. Lógicamente, son las que subyacen a muchos los programas de intervención estatal, incluyendo los operativos policiales. Como ejemplo de la difusión de este tipo de percepción de los barrios, baste señalar las declaraciones del Ministro de Asuntos Internos del gobierno de Caldera en 1994, Ramón Escobar Salom. Según el Ministro, los problemas fundamentales de Venezuela estaban relacionados con la presencia masiva de inmigrantes ilegales en los barrios, donde se dedican aplicadamente a la delincuencia y se aprovechan descaradamente de los servicios públicos, colapsándolos. Véase El Diario de Caracas, 18 de Marzo de 1994, p 25.

¹⁴ Julio de Freitas ha estudiado la naturaleza y efectos de esta violencia discursiva en los barrios, que se basa en la asociación automática de juventud-barrio-delincuencia. Esta percepción de la realidad se resuelve en políticas de represión policial, que dan lugar a una mayor violencia discursiva, y así continúa el ciclo (1995).

¹⁵ Durante mi trabajo de campo sobre el culto de María Lionza en Caracas, en los años 1993 y 1994, visité con frecuencia los barrios de La Vega (Los Mangos), el 23 de Enero, El Valle (Las Mayas) y Petare, en Caracas, así como algunos de los barrios del litoral central venezolano, en especial en la localidad de Catia la Mar. En el transcurso de la investigación, pude recoger muchos testimonios en este sentido.

caleidoscópica, tortuosa, densa, atiborrada de yuxtaposiciones históricas, modulada por usos y percepciones múltiples y simultáneas del espacio. Es una ciudad que desborda el estrecho valle que apenas la contiene, que se empuja mucho más allá de sus límites de capacidad infinitesimales. Aunque las políticas de descentralización han conseguido atemperar algo su crecimiento urbanístico y demográfico, desviándolo hacia algunas ciudades periféricas (Vallmitjana *et al.* 1991: 51), Caracas continúa siendo percibida por sus habitantes de todas las clases sociales, gracias a la expansión extraordinaria de su capacidad para identificar los signos más tenues del colapso que, presuntamente, se avecina, como siempre algo *peor* que la semana o incluso que el día o la hora anterior.

Bibliografía

- ACOSTA, M. 1987 "Urbanización y clases sociales en Venezuela (1940-1970)". En *Ciudad y Capitalismo*. M. Acosta & R. Briceño León eds., pp. 165-196. Caracas: Ediciones de la Universidad Central de Venezuela.
- ACOSTA SAIGNES, M. 1967 "La vivienda de los pobres". En *Estudio de Caracas II*, II, V. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.
- BANCO OBRERO 1961 *Proyecto de Evaluación de los superbloques*. Caracas, BO.
- BARRETO, M. 1990 "Historia de la Parroquia 23 de Enero" En *El 23 de Enero*. Gosen, Alfredo *et al.*, pp. 4-19. Caracas: Ediciones Fundarte/Alcaldía del Municipio Libertador.
- BLANCO MUÑOZ, M. 1980 *Oposición ciudad-campo en Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Universidad Central de Venezuela.
- BOLÍVAR, T. 1993 "Densificación y metrópoli". *Urbana* 13: 31-46.
- BOLÍVAR, T. (coord.) 1993 *Densificación y vivienda en los barrios caraqueños: contribución a la determinación de problemas y soluciones*. Caracas: Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad Central de Venezuela. (mimeo).
- BONASEWICZ, A. 1985 "Los sistemas lineales de los asentamientos urbanos como ejes del desarrollo en Venezuela". *Síntesis Geográfica*, 17-18: 13-20.
- BORGES, J.L. 1997 *El Aleph*. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- BRICEÑO LEÓN, R. 1986 *El futuro de las ciudades venezolanas*. Caracas: Cuadernos Lago-vén, Serie Siglo XXI.
- CARRERA DAMAS, G. 1967 "Principales momentos del desarrollo histórico de Caracas". En *Estudio de Caracas II* (1). Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.
- CASTRO GUILLÉN, P.V. 1993 "Desarrollo histórico de Caracas". En *Nuevos escenarios para el poder local: Caracas*. Vallmitjana, Marta, coord., pp. 17-28. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- CORONIL, F., y J. SKURSKI. 1991 "Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela". *Comparative Study in Society and History*, 33: 288-337.
- DE CERTEAU, M. 1988 *The Practice of Everyday Life*. Berkeley: California University Press.
- DE FREITAS, J. 1995 "Bárbaros, armados y peligrosos: la eficacia del discurso sobre la violencia popular urbana". En *Historias de identidad urbana: composición y recomposi-*

- ción de identidades en los territorios populares urbanos*. E. Amodio & T. Ontiveros eds., pp.147-160. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- FUNDACIÓN POLAR. 1988 *Diccionario de historia de Venezuela*. 3 vols. Caracas: Fundación Polar.
- GARCÍA CANCLINI, N. 1995 *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. Mexico D.F.: Grijalbo.
- GILBERT, A. 1981 "Pirates and Invaders: Land Acquisition in Urban Colombia and Venezuela". *World Development* 9(7): 657-678.
- GILBERT, A. y P. HEALEY. 1985 *The Political Economy of Land: Urban Development in an Oil Economy*. Vermont: Gower Publishing Company Limited.
- GOSEN, A. et al. 1990 *El 23 de Enero*. Caracas: Ediciones Fundarte/Alcaldía del Municipio Libertador.
- GUEVERA DÍAZ, J.M. 1983 *Geografía de las regiones Central y Capital*. Caracas: Ed. Ariel-Seix Barral Venezolana.
- HARVEY, D. 1992 *The Condition of Postmodernity*. Cambridge: Basil Blackwell Inc.
- IZARD, M. 1986 *Tierra Firme: Historia de Venezuela y Colombia*. Madrid: Alianza America.
- LEFEBVRE, H. 1994 *The Production of Space*. D. Nicholson-Smith (trad.). Cambridge: Blackwell.
- LÓPEZ, M. 1990 "La arquitectura del '2 de diciembre'". En *El 23 de Enero*. Gosen et al., pp. 30-48. Caracas: Ediciones Fundarte/Alcaldía del Municipio Libertador.
- MARÍA, Hno. N. 1966 *Historia de la conquista y fundación de Caracas*. Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas.
- 1987 *Los Indios Teques y el Cacique Guacaipuro*. Los Teques: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos.
- MERRIFIELD, A. 1993 "Place and Space: a Lefebvrian Reconciliation". *Trans. Br. Inst. Geography*, N.S. 18: 516-531.
- NEGRÓN, M. 1991a "Territorio y sociedad en la formación de la Venezuela contemporánea". En *El Plan Rotival: la Caracas que no fue*. M. Vallmitjana et al. eds., pp.21-48. Caracas: Ediciones del Instituto de Urbanismo, Universidad Central de Venezuela.
- 1991b La gestación del Plan Urbano de Caracas de 1939 y su incidencia en la formación de la tradición urbanística venezolana. Conversación con Leopoldo Martínez Olavarría". En *El Plan Rotival: la Caracas que no fue*. M. Vallmitjana et al. eds., pp. 145-56. Caracas: Ediciones del Instituto de Urbanismo, Universidad Central de Venezuela.
- 1991c "Realidad múltiple de la gran ciudad: una visión desde Caracas". *Nueva Sociedad* 114: 76-83.
- OLINTO CAMACHO, O., y A. TARHAM. 1991 *Alquiler y propiedad en barrios de Caracas*. Caracas: Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU), Universidad Central de Venezuela.
- ONTIVEROS, T. 1985 *Marin, la memorie collective d'un "barrio" populaire a Caracas*. Tesis presentada en L'Universite de Paris VII. (mimeo).
- ONTIVEROS, T., y J. DE FREITAS. 1993a "Metrópoli y territorialización popular contemporánea". *Urbana* 13: 69-76.
- 1993b "Significado, proyectos y perspectivas de la densificación de barrios". En *Densificación y vivienda en los barrios caraqueños*. Teolinda Bolívar coord., pp. 159-

214. Caracas: Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad Central de Venezuela. (mimeo).
- PERNA, C. 1984 *Evolución de la geografía urbana de Caracas*. Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- SÁNCHEZ, M., e Y. PEDRAZZINI 1993 Tiempos de metrópoli. *Urbana* 13: 11-22.
- SOJA, E. W. 1989 *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London: Verso.
- TORREALBA, R. 1983 "La migración rural-urbana y los cambios en la estructura del empleo: el caso venezolano". En *Cambio social y urbanización en Venezuela*. M.M. Suárez, R. Torrealba & H. Vessuri eds., pp. 109-140. Caracas: Monte Avila Editores.
- TROCONIS DE VERACOECHEA, E. 1992 *Caracas*. Madrid: Editorial Mapfre.
- VALLMITJANA, M. 1991 "Presentación". En *El Plan Rotival: la Caracas que no fue*. M. Vallmitjana et al. eds., pp. 13-20. Caracas: Ediciones del Instituto de Urbanismo, Universidad Central de Venezuela.
- VALLMITJANA, M., et al. 1991 *El Plan Rotival: la Caracas que no fue*. Caracas: Ediciones del Instituto de Urbanismo, Universidad Central de Venezuela.
- WATTS, M. 1992a "Oil as Money: the Devil's Excrement and the Spectacle of Black Gold". En *Money, Power and Space*. S. Corbridge, R. Martin & N. Thrift eds., pp. 406-445. Cambridge: Blackwell.
- 1992b "Capitalisms, Crises, and Cultures I: Notes Towards a Totality of Fragments". En *Reworking Modernity: Capitalisms and Symbolic Discontent*. A. Pred & M. Watts eds., pp. 1-20. New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press.